Lugares de memoria y cultura material. Las identidades profesionales y la salud en la España contemporánea

Joaquim M. Puigvert
Alfons Zarzoso
(eds.)

SALUT
CULTURA
SOCIETAT

UdG

Lugares de memoria y cultura material. Las identidades profesionales y la salud en la España contemporánea

SALUT
CULTURA
SOCIETAT

Lugares de memoria y cultura material

Las identidades profesionales y la salud en la España contemporánea

Joaquim M. Puigvert
Alfons Zarzoso
(eds.)

Dades CIP recomanades per la Biblioteca de la UdG

CIP 61(460)(09) LUG

Lugares de memoria y cultura material : las identidades profesionales y la salud en la España contemporánea / Joaquim M. Puigvert, Alfons Zarzoso (eds.). – Girona : Universitat de Girona – Edicions UdG : Documenta Universitaria, octubre de 2026. – 1 recurs en línia (352 pàgines) : il·lustracions ; cm. – (Salut, Societat, Cultura)
Conté: Los lugares de memoria: reflexiones sobre un concepto historiográfico / Stéphane Michonneau ... – Descripció del recurs: 6 octubre 2026
ISBN 978-84-8458-823-8 (Universitat de Girona). ISBN 978-84-9984-763-4 (Documenta Universitaria)

I. Puigvert i Solà, Joaquim M. (Joaquim Maria), 1959- , editor literari II. Zarzoso, Alfons, editor literari III. Contenidor de (Obra): Michonneau, Stéphane. Los lugares de memoria: reflexiones sobre un concepto Historiográfico 1. Metges – Espanya – Història 2. Personal mèdic – Espanya – Història 3. Identitat col·lectiva – Espanya 4. Cultura material 5. Llibres electrònics

CIP 61(460)(09) LUG

Con la colaboración de:

Fundació Girona
Regió de Coneixement

Título de la colección: Salut, Cultura, Societat
Corrección del texto original: Esteve Gràcia Cano
Diseño de la colección: Documenta Universitaria

© del texto: de sus autores y autoras
© de la edición: Universitat de Girona - Edicions UdG
© de la edición: Documenta Universitaria®

DOI: 10.33115/b/9788499847634

ISBN: 978-84-8458-823-8 (Universitat de Girona)
ISBN: 978-84-9984-763-4 (Documenta Universitaria)

Gerona, octubre de 2026

Esta obra está sujeta a una licencia de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0). La licencia completa se puede consultar en: https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

Universitat de Girona

Documenta Universitaria
@DocUniv
documentauniversitaria.com

Índice

La formación de las identidades profesionales relacionadas con la salud. Historia y memoria. A modo de introducción 9
Joaquim M. Puigvert, Alfons Zarzoso

I. ESPACIOS Y PROFESIONALES. HERRAMIENTAS PARA EL ANÁLISIS HISTÓRICO

Los lugares de memoria: reflexiones sobre un concepto historiográfico 39
Stéphane Michonneau

Los intelectuales y los profesionales liberales en el pensamiento de Antonio Gramsci 51
Giaime Pala

Funciones intelectuales y modernizadoras de un profesional liberal «de comarca». El caso del farmacéutico ceretano Josep Maria Martí i Terrada (1837-1917) 71
Arnau Mayans Montés, Erola Simon Lleixà

Héroe y víctima. El médico rural en el discurso corporativo de los médicos en el siglo xix 95
Víctor M. Núñez-García, Darina Martykánová

La imagen del médico en la literatura catalana en el cambio de siglo xix-xx. Del ideal regenerador a la conciencia del fracaso 125
Margarida Casacuberta

II. REPRESENTACIÓN PROFESIONAL Y LUGARES DE MEMORIA DE LA SALUD

La Facultad de Medicina de Valencia: entre historia y memoria 159
Josep Lluís Barona

Funerales de hombres de ciencia en la Barcelona del primer tercio del siglo xx 179
Alfons Zarzoso

¿Lugares de memoria en el seno de lugares de memoria? Los artefactos memoriales materializados en necrológicas y biografías médicas (Cataluña, c. 1890-1936) 209
Lluís Coromina Verdaguer

Los sacerdotes de la ciencia en los altares de la patria. Presencia y representación de los profesionales de la salud en las galerías de ciudadanos ilustres de Cataluña (1871-1936) 235
David Cao Costoya

III. ESPACIOS DE SALUD Y LA CULTURA MATERIAL EN LA MEMORIA PROFESIONAL

Los primeros pasos de los museos hispanos de farmacia. Entre la dictadura de Primo de Rivera (1923) y la de Francisco Franco (1951) 271
Antonio González Bueno

Metabolismo pedagógico: el Museo Historicomédico de la Universitat de València y la memoria en conserva (1949-2025) 289
Josep Simon

Un desafío para los lugares de memoria en el siglo xxi. Los hospitales de sangre de la Guerra Civil española (1936-1939) 333
Clara Serna Alberola

Los lugares de memoria: reflexiones sobre un concepto historiográfico

Stéphane Michonneau
Universidad de París-Est Créteil

En 1985 se publicó, en Francia, el primer volumen de la obra colectiva dirigida por el historiador Pierre Nora titulada *Les lieux de mémoire*. Siguieron otros seis volúmenes, entre 1986 y 1992, en los que participaron más de trescientos investigadores. La colección tuvo un gran éxito y marcó el inicio de una nueva corriente historiográfica que pretendía hacer de la memoria un objeto de estudio. El término se hizo tan popular que fue ampliamente adoptado para describir las políticas de valorización del patrimonio a lo largo de las décadas de 1980 y 1990. En España, por ejemplo, Josefina Cuesta fue una de las primeras en aplicar las teorías de Nora al caso castellano. Su libro *Memorias históricas de España* (2007) fue una de las primeras síntesis sobre el tema.[1] Posteriormente, Javier Moreno Luzón y Xosé-Manoel Núñez-Seixas publicaron una obra colectiva, *Ser españoles* (2013), que también seguía este planteamiento.[2] ¿Cómo debemos pensar, cuarenta años después, el concepto *lieux de mémoire*? ¿Qué críticas se le han hecho a Pierre Nora? ¿En qué medida este concepto, forjado en los años ochenta, sigue siendo útil para la investigación histórica actual?

1 Cuesta Bustillo, J. (Dir.). (2007). *Memorias históricas de España (siglo XX)*. Fundación Francisco Largo Caballero.

2 Moreno Luzón, J., y Núñez-Seixas, X. M. (Eds.). (2013). *Ser españoles: imaginarios nacionalistas en el siglo XX*. RBA.

Un concepto acuñado en un contexto singular

En primer lugar, hay que remontarse al concepto inicial acuñado por Pierre Nora. A partir de las ideas desarrolladas en un seminario de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París a finales de los años setenta, sus trabajos abrieron un nuevo campo de investigación, la historia de la memoria. Pero el éxito de la expresión *lugares de memoria* ha llevado a una cierta distorsión del concepto original: para el historiador francés, los lugares de memoria eran verdaderos talleres donde se creaban recuerdos colectivos. Estos lugares son muy variados: en primer lugar, símbolos como banderas, himnos, personalidades ilustres, pero también objetos o instituciones representativas de la comunidad (un club de fútbol, una academia, monumentos conmemorativos, nombres de calles, etc.).

Si bien esta variedad podía favorecer un amplio campo de investigación, el concepto corría el riesgo de disolverse: por eso, Nora insistió en una perspectiva constructivista en el sentido de que los lugares solo existen como hechos elaborados cultural y socialmente. En otras palabras, los usos políticos, sociales y culturales priman sobre los propios lugares, dependiendo de si se movilizan o no, y en función de las formas en que se actualizan y los contextos en que se instrumentalizan. Los lugares pueden verse como cáscaras vacías, que pueden llenarse o no de contenido conmemorativo en función del contexto político de cada momento. Además de estos usos, los lugares no existen porque están prácticamente desactivados. De ahí la necesidad de una historia de los lugares que especifique cómo y cuándo se utilizaron realmente los lugares estudiados.

A lo largo de los trabajos que dirigió, Nora desarrolló el concepto hasta convertirlo en una metodología capaz de revelar la dimensión memorial de cualquier objeto histórico. Imaginó la posibilidad de que los lugares de memoria *memorizaran* cualquier objeto, transformando la intuición inicial en una ambiciosa empresa historiográfica y dando lugar a una historia reflexiva, una historia 2.0. Pero esta última propuesta no prosperó y los lugares de memoria se quedaron con una definición más básica, que tuvo mucho éxito, pero no sin una cierta distorsión de su contenido original.

En su concepto, Nora insiste en la distinción fundamental entre memoria e historia. Por un lado, define la historia como un proceso de conocimiento crítico del pasado basado en fuentes y pruebas. Por otro lado, ve la memoria como un relato mítico del pasado, una narración legendaria que tiene su propia coherencia, pero ninguna validez veraz. La oposición entre la historia, cuyo objetivo es establecer la verdad de los hechos, y la memoria, cuyo objetivo es fomentar las identidades colectivas instrumentalizando el pasado, era tan clara que fue la condición de una

historia de la memoria en la que esta era el objeto de estudio. La distancia entre historia y memoria hacía concebible el desarrollo de un discurso científico sobre los procesos de construcción de las memorias sociales.

En resumen, para Nora, la historia entendida como disciplina debe *denunciar* los lugares de la memoria, desmantelarlos, para promover una especie de arqueología del sentimiento republicano y, más allá, del sentimiento nacional, en este caso francés. Nora considera que la memoria se construye desde el presente, en una especie de retroproyección del presente en el pasado, cuya razón de ser es, en última instancia, la legitimación de los poderes y de sus representaciones de la comunidad en el presente. La memoria es fundamentalmente una selección de acontecimientos pasados para construir una narración mítica —por no decir mitificada—, basada en criterios presentes y motivada, esencialmente, por consideraciones políticas. Los lugares de memoria son, por tanto, el lugar de esta instrumentalización del pasado para el presente. Este concepto difiere radicalmente de la expresión *lugares del recuerdo* de uso popular en la época, que los considera más bien como lugares donde se revelan memorias ancestrales preexistentes a los propios lugares.

Críticas y límites del concepto *lugares de memoria*

Naturalmente, una propuesta intelectual tan notable no dejó de suscitar feroces críticas y polémicas. Para los historiadores de la Segunda Guerra Mundial del Instituto de Historia del Tiempo Presente, fundado en 1978, la definición de *memoria* de Nora era problemática, en la medida en que la cuestión de la responsabilidad del régimen de Vichy en la deportación de unos 76.000 judíos de Francia representaba un trauma ineludible en la conciencia histórica. El título dado por Henri Rousso y Éric Conan a su libro publicado en 1992 es significativo: *Le syndrome de Vichy*.[3] Para estos historiadores, parece claro que la memoria del conflicto es un efecto del pasado sobre el presente, un peso ejercido por el recuerdo de la deportación. La importancia creciente de los testimonios oculares en la historia del presente explica, también, la aparición de este enfoque de la memoria, mucho más cercano al que se abordaría en España unos años

3 Rousso, H., y Conan, É. (1992). *Le syndrome de Vichy: de 1944 à nos jours*. Seuil.

más tarde. En un importante artículo publicado en 1992, Marie-Claire Lavabre resume la aparente contradicción entre las dos concepciones de la memoria: mientras que para Nora es un efecto del presente sobre el pasado, para Rousso es exactamente lo contrario.[4] ¿Cómo conciliar estas dos perspectivas?

Una segunda limitación al planteamiento de Nora fue introducida por el filósofo Paul Ricoeur, que en el año 2000 publicó su obra magistral *Mémoire, histoire, oubli*.[5] La aportación de Ricoeur consiste en cuestionar la estricta separación establecida por Nora entre memoria e historia. Para él, se trata de dos formas distintas de narración del pasado, lógicamente vinculadas. Por un lado, claro está, Ricoeur señala que ambos relatos movilizan estrategias narrativas que no están tan alejadas. Sin defender las propuestas del giro lingüístico (*linguistic turn*), que considera la narración histórica como literatura, admite que la relación entre historia y memoria es un poco más ambigua de lo que reconoce Nora. A pesar de todo, Ricoeur no confunde los dos conceptos y mantiene una diferenciación: la historia, que pretende establecer hechos reales —«Wie es eigentlich gewesen»—, en términos de Leopold Ranke; y la memoria, que pretende construir identidades colectivas estableciendo un sentido de filiación entre los antepasados, nosotros mismos y las generaciones futuras. Entendida así, la memoria no necesita la verdad histórica, sino la coherencia de un relato que teja un hilo entre pasado, presente y futuro, para transmitir valores políticos y morales en una lógica de reconocimiento de una herencia. Pero esto no significa que estas dos narrativas del pasado, que no se apuntan a lo mismo, deban ser estrictamente opuestas.

En la práctica, la distinción entre memoria e historia tampoco es muy clara. Por un lado, la memoria se nutre de la producción historiográfica; por otro, los historiadores actuales utilizan los relatos de los testigos presenciales como una fuente más, cotejándolos con los documentos de archivo. ¿Es posible concebir una historia de los campos nazis sin recurrir a los testigos supervivientes? Por supuesto que no.

Por último, los vínculos entre historia y memoria se manifiestan a otro nivel: los historiadores participan en el desarrollo de la memoria en la sociedad, ya sea como expertos o como ciudadanos, cuando se trata de la recuperación o dignificación de las víctimas. La participación activa de algunos historiadores españoles en la «recuperación de la memoria histórica» de las víctimas de la represión franquista es una prueba de ello.

4 Lavabre, M.-C. (1991). Du poids et du choix du passé: lecture critique du *Syndrome de Vichy*. *Bulletin de l'Institut d'histoire du temps présent*, 18, 177-185.

5 Ricoeur, P. (2000). *Mémoire, histoire, oubli*. Seuil.

Por último, hay que reconocer que la memoria es un importante recurso económico que algunos historiadores explotan en el ámbito editorial.

Una tercera línea de crítica pone de relieve la perspectiva chauvinista de la empresa de Nora. En los años noventa, *Les lieux de mémoire* reavivaron y tal vez reafirmaron un nuevo nacionalismo francés, y reafirmaron una identidad de segundo orden —la constitución del sentimiento nacional a lo largo de los siglos—, pero poco crítica y reflexiva. El término se ha puesto tan de moda a escala local que se ha utilizado para exaltar una visión tradicional de la nación y promover el turismo de masas. Recientemente, en la publicación *Histoire mondiale de la France*, dirigida por Patrick Boucheron, se hacía hincapié en la importancia del intercambio de ideas y las influencias cruzadas entre Francia y el resto del mundo, en particular el mundo colonial.[6] Nora se oponía firmemente a ello, porque temía el riesgo de disolver la identidad republicana y nacional. Hoy resulta difícil comprender por qué la obra de Nora no contiene ninguna entrada sobre el pasado colonial de Francia, ni ningún intento de articular las narrativas nacionales e imperiales. *Les lieux de mémoire* tampoco considera el papel de las mujeres —con la excepción de Juana de Arco— o de las minorías nacionales —por no hablar de los inmigrantes (paradójicamente, es el caso de la familia de Nora)— en la construcción de la identidad nacional. El problema no es tanto que la obra se centre en el caso francés, sino que excluye cualquier relación con el exterior, como si Francia fuera una célula aislada en el mundo.

Una cuarta crítica se refería al legado intelectual de Maurice Halbwachs, el célebre sociólogo francés que, en el período de entreguerras, sentó las bases del estudio de la memoria por las ciencias humanas y sociales. La obra de Halbwachs —basta citar *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925) o *La mémoire collective* (1950), publicada tras la muerte del autor en Buchenwald en 1945)— ha sido curiosamente ignorada por Nora.[7] Fueron los sociólogos quienes redescubrieron la obra de Halbwachs a mediados de los noventa. De Halbwachs se pueden extraer tres lecciones fundamentales: en primer lugar, estableció el carácter fundamentalmente social de la memoria, primando la memoria colectiva sobre la individual. Sin embargo, el sociólogo matizaba el pequeño tamaño de los grupos colectivos capaces de producir un relato suficientemente homogéneo del pasado, e insistía en ello. Nunca habría aceptado la existencia de una memoria a escala nacional, como hizo Nora, sencillamente porque le

6 Boucheron, P. (Dir.). (2017). *Une histoire globale de la France*. Seuil.

7 Halbwachs, M. (1926). *Les cadres sociaux de la mémoire*. Félix Alcan. Halbwachs, M. [Maurice]. (1950). *La mémoire collective*. Presses universitaires de France.

parecía imposible que no pudiera haber disensiones importantes a tan pequeña escala. Para Halbwachs, por tanto, solo podemos hablar de memorias en plural. Otra lección importante de Halbwachs es el vínculo intrínseco entre la memoria y el espacio: la memoria se encarna en territorios singulares. En *Topographie légendaire des Évangiles en Terre Sainte* (1941), muestra que en Jerusalén se yuxtaponen dos espacios: el territorio real, que ha cambiado históricamente, y el territorio simbólico, que tiene una existencia estable en la tradición cristiana.[8] Paradójicamente, la expresión *lugares de memoria* evita reflexionar sobre la relación entre la memoria y el espacio, en la medida en que Nora considera cualquier objeto histórico más allá de su territorialización. En otras palabras, la expresión evita abordar una posible geografía (o topografía) de la memoria.

El problema de la exportación del concepto más allá de Francia sigue sin resolverse. Los historiadores franceses han desempeñado un papel fundamental en la adaptación de la perspectiva de Nora en Alemania, donde Étienne François y sus colegas alemanes han publicado volúmenes titulados *Deutsche Erinnerungsorte*.[9] Recientemente, se ha publicado una obra similar para Alemania Oriental.[10] Las relaciones germano-polacas dieron lugar a un volumen, primero editado en alemán y luego en polaco.[11] Para el caso ruso, Georges Nivat intentó una síntesis en *Les sites de mémoire russe*.[12] En Italia también se ha publicado un libro titulado *Luoghi della memoria*, con un éxito considerable.[13] Condujeron estas iniciativas a un intento de extrapolación del concepto a escala europea.[14] En el Reino Unido, donde la relación con el pasado tiende a ser de tradición inventada, el concepto no ha cuajado, pero la expresión de *sites of memory* (a veces traducida por *places of memory* o *sites of remembrance*) ha sido utilizada por reconocidos historiadores, como Jay Winter.[15] En el año 2007, Kornelia Konczal totalizaba una docena de proyectos de investigación relacionados

8 Halbwachs, M. (1941). *Topographie légendaire des Évangiles en terre sainte*. Presses Universitaires de France.

9 François, É. (2001). *Deutsche Erinnerungsorte*. C. H. Beck.

10 Sabrow, M. (Dir.). (2009). *Erinnerungsorte der DDR*. C. H. Beck.

11 Hahn, H. H., y Traba, R. (2012). *Deutsch–polnische Erinnerungsorte*. Brill. Id. (2015). *Polsko-niemieckie miejsca pamięci*. Wydawnictwo Naukowe.

12 Nivat, G. (2019). *Les sites de la mémoire russe*. Fayard.

13 Isnenghi, M. (Dir.). (1996). *Luoghi della memoria: strutture ed eventi dell'Italia unita*. Laterza.

14 Den Boer, P., Duchhardt, H., Kreis, G., y Schmale, W. (2012). *Europäische Erinnerungsorte*. De Gruyter Oldenburg.

15 Winter, J. (1995). *Sites of memory, sites of mourning: the Great War in European cultural history*. Cambridge University Press.

con la expresión.[16] En Estados Unidos, el concepto *lugares de la naturaleza* parecía más apropiado para entender la formación de las identidades americanas. En Latinoamérica ha habido muchos intentos de adaptar el concepto *lugar de la memoria*: en México, por ejemplo, la revista *Historia Mexicana*, del Colegio de México, ha desempeñado un papel pionero. Desde el punto de vista historiográfico, la empresa de Nora parecía un retorno al gran período de influencia de la Escuela de los Annales, encarnada sobre todo por la EHESS.

A pesar de los numerosos intentos, la trasplantación del concepto en España ha sido bastante desigual. Josefina Cuesta fue una de las primeras en intentar adaptar las herramientas desarrolladas por la escuela de Nora al caso español. Como discípulo de Nora, he intentado desarrollar un marco interpretativo adecuado al caso de Barcelona, desde el siglo XIX hasta la Guerra Civil. Los lugares de la memoria en España han tropezado con varios obstáculos: si bien han sido útiles para entender la construcción de identidades españolas y alternativas en la península, han sido poco útiles para entender los conflictos de memoria nacidos de la Guerra Civil y el franquismo. Aquí el trauma, tal y como lo entiende Henry Rousso, es mucho más relevante para el caso español. La expresión *recuperación de la memoria histórica*, cuya historia está por escribir, ha ido ganando terreno en el debate público desde la década de 2000. Esta expresión choca frontalmente con la supuesta oposición entre memoria e historia que Nora había concebido y hace de la historia una herramienta al servicio de la memoria. Además, según Nora, es inconcebible *recuperar* la memoria, en la medida en que esta no preexiste a los lugares que la propician. Por eso, hasta hace poco, el concepto de Nora ha sido recibido con frialdad e incluso con cierta incomprensión en España.

Los lugares de memoria, ¿un concepto superado?

En el caso de Francia, las políticas de memoria se han entendido esencialmente como actos del Estado: se dice que el Estado es el principal forjador de la memoria colectiva y, en particular, de la memoria nacional. ¿En qué medida este análisis es pertinente en el caso español? En términos

16 Konczal, K. (2007). *Europejskie debaty na temat miejsc pamięci*. Centrum Badań Historycznych PAN.

más generales, ¿hasta qué punto este enfoque es válido para comprender la interacción de las memorias sociales? El caso de Barcelona arroja luz sobre los límites del concepto de lugares de memoria.

Me refiero aquí directamente al trabajo que he realizado sobre el caso catalán. En la España del siglo XIX, los promotores de la memoria eran los actores sociales locales, y el Estado brillaba por su ausencia. Así, una historia de los lugares en la Barcelona de finales del siglo XX y principios del XXI remite más a las élites intelectuales, políticas y profesionales, que fueron las verdaderas impulsoras de las sucesivas políticas de memoria. Se trata, pues, de un proceso descendente en el que las creaciones simbólicas desarrolladas por las élites se imponen de forma más o menos activa a la población. Forjados en determinados círculos sociales, estos símbolos han conquistado la casi totalidad de la sociedad urbana mediante una estrategia de publicidad. La conmemoración es, pues, un medio de expresión política bastante banal, que incorpora al conjunto de la sociedad catalana al redil de la memoria colectiva. Inculca formas de ser, valores comunitarios, una relación con el pasado y modos originales de movilización política, dirigidos a las clases medias y, en cierta medida, a las trabajadoras. En otras palabras, las clases dominantes consiguieron imponer un orden simbólico a una sociedad barcelonesa que se reputaba rebelde y politizada. En cierto modo, consiguieron lo que nunca habían podido realizar plenamente en el orden económico y social.

Por un lado, está claro que para el historiador es más fácil identificar las condiciones de producción de los lugares de memoria y su progresiva publicitación, que comprender las lógicas de recepción y apropiación, incluidas las reticencias que suscitan las políticas memoriales. El punto ciego de este tipo de estudios es saber captar los modos de apropiación, que varían mucho según el medio social y la época. En efecto, el éxito de las políticas de memoria promovidas depende del grado de adhesión, basado en la convicción compartida de que estas políticas son eficaces y útiles, pero ¿qué ocurre con quienes no comparten esta convicción? ¿Cómo medir el grado de identificación con los lugares de memoria? El reto para la historia del recuerdo en el futuro será abordar de frente el problema de la performatividad de este tipo de discurso político y cuestionar su presunta eficacia.

Por otro lado, hay que destacar el constante proceso de negociación y conflicto que tiene lugar a dos niveles: en primer lugar, entre las élites y los representantes de las autoridades políticas. Los activistas de la memoria siempre necesitan la aprobación de las autoridades para imponer una estatua en la calle, por ejemplo. En este caso, el Consorcio Municipal es el lugar donde se toman las decisiones sobre lo que es y lo que no es el

pasado legítimo de la comunidad. Funciona como un parlamento de la memoria, donde los debates son muy vivos y contradictorios, a pesar de la aparente insignificancia de este tipo de decisiones. Pero, si los debates son tan intensos, es porque es mucho lo que está en juego para los actores sociales: se trata de afirmar la existencia de un grupo y su capacidad para imponer sus memorias privadas al conjunto de la sociedad. En otras palabras, no se trata de su capacidad para cambiar el mundo, sino de cambiar las representaciones con las que se lee el mundo. No obstante, este poder simbólico es importante.

El segundo nivel reside en el proceso de negociación y conflicto entre los individuos que componen la comunidad, entre las memorias colectivas y las memorias personales. La identidad del grupo y la de los individuos que lo componen se construyen a imagen y semejanza. Por un lado, los individuos tienden a conformar su identidad y sus recuerdos a los del grupo al que pertenecen, para no correr el riesgo de ser excluidos del grupo en el que han sido socializados. Pero, por otra parte, las memorias colectivas se elaboran tras un proceso de *reducción* de las memorias individuales —en el sentido químico del término, o más bien en el sentido culinario del término— que permite homogeneizar una historia colectiva y, por tanto, su proyección fuera del grupo. En ambos casos, la memoria del grupo se construye mediante la negociación entre sus componentes, que a veces desemboca en conflictos. Existe aquí un posible diálogo entre la política de la memoria y los recuerdos traumáticos, de los que antes decíamos que eran de naturaleza antagónica.

La reducción a la que nos referimos consiste esencialmente en la elaboración de una narrativa compartida. La memoria es una construcción discursiva: palabras que pretenden contar y describir la realidad, y un relato que le da sentido. Esta discursividad es evidentemente dinámica, ya que integra y reintegra constantemente a los distintos componentes del grupo. Además, negocia sin vacilaciones la pluralidad de las experiencias individuales para producir un lugar común, pero siempre inestable, y que hay que reconstruir cada vez que entra en juego un nuevo componente o cambian las circunstancias del contexto histórico. El conflicto puede surgir cuando los discursos antagónicos no logran ponerse de acuerdo. Cristaliza una lucha por imponer una determinada visión del pasado, una visión supuestamente hegemónica del mundo social. La memoria no es más que un espejo que refleja —distorsionando o desplazando— esta lucha de poder, que es la principal preocupación del historiador.

En conclusión, existe el peligro de cosificar los lugares de memoria como si fueran fuentes de producción de identidades estables en el tiempo. Ha llegado el momento de dejar de compilar catálogos supuestamente exhaustivos de

lugares de memoria, como se hizo en las décadas de 1980 y 1990. En su lugar, necesitamos comprender los procesos de memorialización que tienen lugar en constante cambio en estos lugares de recuerdo. Aunque el recuerdo es un discurso sobre el pasado, también es una práctica social en forma de conmemoraciones, ceremonias, aniversarios, etcétera. En la práctica, este discurso se reelabora constantemente a medida que el grupo se recompone, de modo que la memorialización es inestable y dura tanto como el grupo que la sustenta. Ni siquiera una estatua de mármol garantiza una lectura fija de la persona o el acontecimiento homenajeado, porque hay muchas maneras de interpretar la actuación de la persona homenajeada, y porque siempre es posible derribar una estatua, cambiarla de lugar o darle otro significado: es simplemente una superficie de proyección sin contenido real, una pantalla en la que la sociedad proyecta su visión del pasado, la cual legitima su existencia en el presente. En España, estas proyecciones son poderosas porque los grupos constituidos que las promueven están muy arraigados, no solo porque representan sectores sociales poderosos con los que el Estado se ve obligado a negociar, sino también porque están convencidos de que ellos saben y deben gestionar el bien público antes que el Estado. Aquí podría residir una singularidad que abre camino a una reflexión global sobre el proceso de construcción de las políticas públicas —al fin y al cabo, de esto se trata cuando hablamos de políticas de memoria—.

Sin embargo, los lugares de memoria, tal y como han sido redefinidos, forman un sistema en el espacio público. Su combinación es más que su suma aritmética e implica un efecto multiplicador de eficacia. Se puede utilizar una metáfora literaria para describir este fenómeno: si los lugares de memoria son palabras, su combinación en red forma frases que dan sentido al conjunto. Estas frases —muy a menudo representadas por cortejos cívicos— reducen la necesaria polisemia de los lugares singulares y aumentan su poder simbólico al integrarlos en una red de significados. Los lugares del recuerdo desarrollan correspondencias secretas en el espacio público, según una lógica reticular. Por supuesto, estas correspondencias no se limitan a espacios circunscritos, sino que se extienden por todo el planeta: ¿cómo podemos separar el único monumento a Cristóbal Colón en Barcelona, de los 159 monumentos de todo el mundo dedicados al supuesto descubridor? ¿Podemos descontextualizar los debates sobre la validez de los monumentos coloniales en España del movimiento Black Lives Matter? La globalización de la memoria es un factor esencial que tiende a resituar a España en su contexto global. En mi opinión, esta nueva perspectiva permite evitar el tipo de renacionalización de los lugares de

memoria que se ha producido en Francia, y pensar en la relación entre identidades locales e identidades transnacionales.

Estas son las nuevas perspectivas de un campo de investigación que ha demostrado ampliamente su dinamismo intelectual en los últimos cuarenta años. No se trata de negar la contribución que la noción de lugares de memoria aportó en su momento, sino de esbozar nuevas vías de investigación para el futuro. El objetivo es evitar una visión un tanto cosificada de los lugares de memoria, que pretendían ser un catálogo, y hacer hincapié en las perspectivas dinámicas y transnacionales de la memorialización.

Este libro colectivo ofrece una visión panorámica sobre el papel de los lugares de memoria y la cultura material en la construcción de las identidades profesionales en el campo de la salud, en especial de médicos y farmacéuticos, en la España contemporánea (siglos XIX, XX y XXI). Se estudia un gran y diversificado elenco de lugares de memoria en sus respectivos contextos políticos y sociales: monumentos, nomenclátor de calles, biografías y necrológicas, galerías de ciudadanos ilustres, museos, oficinas de farmacia, hospitales, funerales, obras literarias e historiográficas. El principal objetivo es mostrar el papel proactivo de múltiples instituciones (reales academias, facultades universitarias, cátedras de historia de la medicina y la farmacia, colegios profesionales) en la promoción de sendos lugares de memoria para dar mayor legitimidad social e histórica y visibilidad pública a las profesiones sanitarias. El libro no soslaya las cuestiones teóricas y conceptuales, ya sea sobre el propio concepto historiográfico de lugar de memoria, las diferencias entre historia y memoria o el rol de los profesionales liberales como intelectuales.

Documenta Universitaria
@DocUniv
documentauniversitaria.com

Universitat de Girona

Fundació Girona
Regió de Coneixement